Presentación

La cosmología budista segmenta la tierra en cuatro continentes ubicados en las cuatro direcciones geográficas elementales. Situado en el sur, Jambudvipa es el continente (*dvipa*) en donde proliferan los árboles Jambu, los que florecen entre abril y mayo generando, posteriormente, un fruto rojizo.

Jambudvipa es nuestro mundo, es el hogar de los hombres de mal karma, de ahí que no sea un sitio de mucho regocijo, razón por la cual el budismo habría nacido en esta tierra, con la finalidad de beneficiar y liberar a los seres humanos. Este nombre sugiere también a la India, conocida antiguamente como la «tierra de los manzanos en flor».

Sin embargo, la cosmología budista es obra de la especulación filosófica posterior, cuyo sentido va a estar supeditado tanto a la sustentación de ciertos puntos centrales de la doctrina como a la necesidad de cubrir todos los frentes que los fieles requieren para explicarse la estructura de la realidad.

Este nombre poético «la tierra de los manzanos en flor» tiene la fuerza para trasladarnos a una visión, posee la potencia de una evocación que nos instala en un campo aromatizado por los dulces racimos floridos del manzano haciéndonos vibrar ante esa belleza imaginada. Pero esta imagen fuerte y sugerente es consustancial a este libro porque alude a una experiencia crucial en la historia del fundador del budismo, Siddhartha Sakyamuni devenido el Buda.

El manzano en flor y su sombra están unidos a un hecho situado antes de la vivencia de los cuatro signos, los que le permitieron experimentar la compasión, causa base de su búsqueda del «despertar», ocurrido en la niñez de Sakyamuni según

el *Nidana-katha* y el *Mahavastu*, o a la juventud del príncipe, como lo consignan el *Lalita-vistara*, el *Maijjhima Nikaya* y el *Budhacarita*.

La versión que sitúa este acontecimiento en la infancia revela que Siddhartha era ya un ser extraordinario antes de la «iluminación». Acentúa los rasgos milagrosos de su concepción y nacimiento, provocando veneración y preocupación en Suddhodana, su padre.

En términos generales la biografía establece que siendo la fecha del festival de la cosecha, Suddhodana se encamina con su séquito a la fiesta del primer arado de la tierra, para ello utilizó un arado de oro y uno de plata la corte, mientras que los campesinos uno de hierro y madera. Las nodrizas encargadas de cuidar al niño, lo depositaron en un lecho debajo de la sombra de un manzano en flor, mientras ellas descansaban al alero de otros. Al transcurrir la tarde fueron cambiando sus asientos para disfrutar de la sombra, pero al aproximarse al niño descubrieron que la sombra de su árbol no se movía. Sin embargo, es más importante resaltar que Siddhartha una vez puesto bajo el árbol Jambu, siendo un bebé en una versión y un niño que ya caminaba en la otra, se enderezó y se sentó en la postura de loto, entrando en el primer eslabón de la conciencia búdica, llamado el primer *jhana*. Es debido a su trance que la sombra del árbol se paraliza así como es por causa de su estado, que cinco *rishis* (videntes) que iban en vuelo camino a los Himalayas no pueden traspasar el sitio donde se haya el niño, siendo compelidos a detenerse y rendirle culto a instancias de una divinidad que seguidamente les delata su identidad.

Los textos que señalan que el hecho ocurrió cuando Siddhartha ya era adulto lo muestran insatisfecho de su condición o privilegios principescos. Por tal motivo decide iniciar una incursión, y al dirigirse a la selva con sus amistades se encuentra con el festival de la cosecha o simplemente ve la tierra arada. Todos los relatos concuerdan en que Siddhartha ya haya sido pequeño o adulto, sufre un cambio de conciencia por la visión de la destrucción de unos seres ínfimos por el uso del arado. Es la tierra abierta, los surcos, los gusanos mutilados, una rana o una serpiente y luego, el sudor y los rostros curtidos de los campesinos lo que gatilla en él el sentimiento de dolor y amor hacia los seres, es decir, la compasión, revelándose a partir de ese momento como un *bodhisattva* (ser de compasión)

Siente como si el mundo se detuviese en un movimiento sin fin de «ganarse el pan con el sudor de la frente», al tiempo que descubre con dolor cómo éste sufre las consecuencias del destino del hombre. El ser humano, sin otra opción, debe intervenir y tomar la vida de los seres para su propia subsistencia. En esta ley de la vida Siddhartha no ve sentido, de hecho su experiencia lo impulsa a la pregunta

que lo removerá profundamente; ¿por qué existe el dolor? y ¿por qué el hombre se somete a esta condición sin intentar vencerla?

De alguna manera este acontecimiento es un preámbulo de la experiencia que cambiará su destino de rey por el de liberador espiritual, ya que al tratar de resolver ese enigma no se enfrascará en reflexiones sino en la búsqueda de un método práctico de liberación. Esta vivencia singular queda grabada en la memoria de Siddhartha debido quizás a que alcanzó de manera natural una visión extraordinaria de la realidad, pues al concentrarse en la respiración, en el inhalar y exhalar, tuvo la oportunidad de despertar y ver el dolor sin dolor, sin turbación, en estado de gozo, suave y sereno.

Después de la «gran partida» (abandono de la vida de placeres) la senda espiritual de Siddhartha toma un sesgo particular, ya que al probar y aprobar de manera destacada todos los métodos espirituales desarrollados en su época bajo la dirección de grandes maestros, opta por el retiro total, por la austeridad durante un lapso de seis años. Sometido a un ayuno extremo experimenta la primera revelación gracias a un profesor de música que instruye a su discípulo; al escucharlo comprende que está a punto de cortar la cuerda de su vida.

Siddhartha descubre que la existencia no puede liberarse en los extremos, que la vida complaciente de palacio y la rigurosa del bosque no conducen al despertar, que ambas turban y ciegan la conciencia, que ésta requiere de un cuerpo sano y disciplinado en el justo medio. Tras esta revelación se encuentra en una encrucijada, las rutas existentes y probadas no han dado resultado, pero la pregunta sin respuesta sigue vibrando en su interior. Es aquí donde recuerda ese prístino estado, el cual comparece como la puerta de entrada al misterio de la existencia. Por eso toma la decisión de sentarse en postura de loto y volver a concentrarse, de hecho afirma que no se moverá de su sitio hasta obtener una respuesta al origen del dolor.

Esa resolución es una reivindicación de un logro personal más allá de la metodología vigente. Siddhartha decide concentrarse y volver a experimentar esa conciencia. Apuesta a que esa experiencia natural de concentración y contemplación estética que implica el primer *jhana* le revelará la verdad. La literatura lo describe renuente al principio ya que el primer *jhana* incluye un estado de gozo frente a lo contemplado. Lo anterior es lógico si recordamos que ha pasado varios años en penitencia y que desconfía del placer por su pasado, pero él mismo concordará después de rememorar y reflexionar en torno a su vivencia que su experiencia de gozo le dio profundidad de visión, calma mental y serenidad. Por esto se dice a sí mismo que este comienzo no puede ser malo, y se instala al instante en dicho

nivel de concentración, de ahí en adelante irá penetrando en los diversos niveles de conciencia hasta alcanzar la «iluminación», la conciencia búdica.

La experiencia bajo el manzano en flor es un prelude de su triunfo, y un emblema de su estado mental futuro. La sombra que no se mueve es la mente que no fluye, la mente vacía de contenidos, la mente silenciosa del Buda, cuyo símbolo más frecuente es el lago quieto en donde todo se refleja y brilla. Desde esa postura inmóvil, de eje cósmico, se puede percibir la insustancialidad del mundo, la característica de lo que fluye, es decir, la impermanencia. El manzano en flor es a la vez la expresión de la vitalidad del universo, de la vida explotando hacia el exterior, de la energía centrífuga que se renueva constantemente. La belleza del manzano florecido es la presencia majestuosa de la maya, de la ilusión, de lo seductor y perfecto de la belleza del mundo. Esa belleza efímera, que dura el instante, sólo puede ser percibida en ese instante y para ello se requiere de una presencia. Siddhartha está por primera vez presente, la postura, la atención y concentración en la respiración le permiten ver por primera vez la realidad antes de lanzarse a la búsqueda espiritual. La realidad es bella, esa belleza produce gozo, pero hay un dolor que refrena esa experiencia, un dolor que se filtra a través de la identificación con esa realidad. No se ve la belleza cuando se está dormido, identificado con el placer o el dolor, cuando se está desatento y desconcentrado, cuando la mente pasa mecánicamente de un objeto a otro sin detenerse, cuando mira sin ver.

La metáfora implícita en la sombra del manzano nos comunica la viabilidad de esa experiencia pues Siddhartha sin trabajo interior, sin entrenamiento, de pronto tiene una impresión, una «visión» de la realidad. Por primera vez ve y descubre que todo es digno de compasión en cuanto todo está condicionado. Si dejamos de lado la interpretación de lo milagroso de la experiencia, que trata de revelar que Siddhartha es un ser de compasión, un ser que ya viene listo o iluminado, descubriremos que un evento cualquiera puede generar en el ser humano la experiencia estética de gozo. Un paisaje, una fruta, un rostro, un rayo de luz pueden lanzarnos a sentir y ver la verdadera faz de la realidad pero ¿cómo estar atento y concentrado? para que la mente pueda percibir sin interpretar, sin prejuicios, ¿cómo tener una visión directa y real del mundo que nos rodea?

Siddhartha se detiene, se sienta en la postura ancestral de meditación de la India, con la espalda recta siente su respiración y se deja penetrar por lo que tiene enfrente, no lo analiza ni lo define, y en ese estar aparece su cuerpo y su corazón. Siente dolor, amor y gozo, y al unísono la mente comprende los rasgos esenciales y constitutivos de eso que contempla. La contemplación es connatural al niño o joven Siddhartha, no la aprendió de nadie. La contemplación es connatural al hombre,

es algo que se ha perdido, algo que se permitían los hombres más espirituales del pasado. No es una pérdida de tiempo, sino un tiempo para estar presente, en sí mismo, para poder ver y sentir lo que nos rodea.

Por ello este libro lleva por título *A la sombra del manzano en flor* pues deseamos destacar la conexión profunda que existe entre el logro de la «iluminación» y este hecho biográfico asombroso. Sobre todo queremos resaltar el sabor estético de esta experiencia, de cómo la sensibilidad despierta y conduce a una comprensión de la realidad que desemboca en el nacimiento y asimilación de un valor, a saber: la compasión y cómo ésta desembocará en la conducta ética del Buda, en la *ahimsa*, la no violencia.

Siddhartha descubre la compasión al sensibilizarse ante la realidad, al hacerlo encuentra su corazón y éste abre el ojo de la mente que la define como insustancial, impermanente y dolorosa. Quizás podamos no estar de acuerdo con esta definición, pero lo crucial es que ésta comienza de un alineamiento y complementación de las tres partes centrales del ser humano, como son, el cuerpo, el corazón y la mente; de su trabajo conjunto o de una especie de toque mágico entre una y otra. Es como si al abrirse una puerta se fuese dando la posibilidad de atravesar las otras, después de lo cual surge un nuevo paradigma del mundo.

Con sorpresa descubrimos que en la experiencia de Siddhartha niño comparece la visión limpia y directa de la vida. A partir de ahí nos parece mucho más comprensible la definición que Suzuki da del budismo zen, al establecer que es algo así como «recuperar» la visión que de niño teníamos del mundo, una visión como la del niño Siddhartha.

A la sombra del manzano en flor: Indagaciones estéticas en torno al Budismo es un libro estructurado en ocho capítulos siguiendo la estrategia metodológica del Buda, quien definió su camino como óctuple, con la salvedad de que las huellas que dejó para ser seguidas no son una senda vertical ni sucesiva como estos apartados sino horizontal y simultánea. En este caso y debido a la temporalidad los distribuimos siguiendo el desarrollo histórico del budismo y dentro de éste ahondamos en ciertos hitos que marcaron o revelaron un giro de la doctrina. Por último, queremos señalar que es la primera fase de una investigación presentada y aprobada para un Concurso de Investigación de la Pontificia Universidad Católica, que se desarrolló durante el año 2007 y que publicamos hoy.

Debido a lo profundo y extenso del tema tenemos la esperanza de continuar penetrando en las enseñanzas de Buda en el futuro. Aprovecho estas últimas frases para dar las gracias al Instituto de Estética por apoyar y financiar la publicación de esta investigación y a todos los investigadores que apoyaron este proyecto partici-

pando en este libro, a los que valorizo y respeto no sólo por emprender la tarea de trabajar en la permanencia y funcionamiento de CICLO (Centro de Investigaciones Estéticas del Cercano y Lejano Oriente) sino además porque han optado por una búsqueda del saber más allá del reconocimiento, ya que compartimos el anhelo por develar y comprender las enseñanzas que nos llegan desde Asia.

Claudia Lira Latuz